

140

39

ADICIONES Y LEYENDAS ECUATORIANAS

POR FRANCISCO CAMPOS

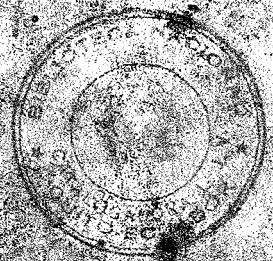


PRIMERA ENTREGA

GUAYAQUIL.

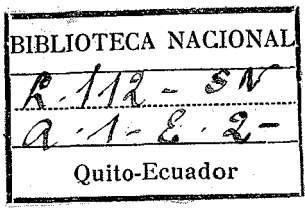
IMPRESA «IDEA LIBRE»

1911



CAMP

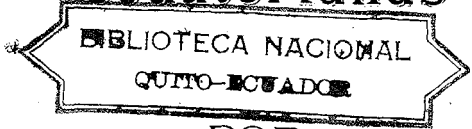
7a



Tradiciones y Leyendas

8

ecuatorianas



POR

FRANCISCO CAMPOS

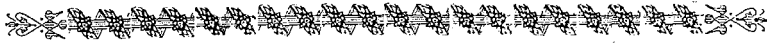


Y 23X14
P. 16

GUAYAQUIL

IMPRESA «IDEA LIBRE»

1911



EL UNDECIMO SHIRI DE QUITO

I

El viejo Caran, undécimo Shiri de Quito, se halla sumergido en una meditación profunda.

En vano los palaciegos investigan la causa que motiva el desaliento del anciano monarca; en vano le recuerdan sus victorias y conquistas: no consiguen deshacer una sola arruga de su frente. En vano inventan juegos en que hacen prodigioso alarde de destreza en el manejo de la lanza, de la macana y del dardo: no logran que aparezca una sonrisa en su fisonomía.

¿Qué tendrá el Shiri?—se decían.—

Y ninguno podía resolver esta incógnita.

Una tarde, el príncipe se hallaba más sombrío que de costumbre. Un jefe caranqui se decidió á interrogar al soberano.

Tu pueblo está inquieto porque tú estás triste.... ¿Qué te aflige, oh soberano de diez provincias? Todos tus súbditos están dispuestos á dar su vida por obtener una sonrisa tuya.... ¡Habla!

Caran suspiró.

¡Oh!—dijo—, triste estoy en verdad, y no carezco de razón. Todos mis hijos han muerto, y

sus tolas blanquean al sol en el campo sagrado. Me voy haciendo viejo y no tengo sino una hija, ... mi dulce Toa. A mi muerte, habrá discordias; este vasto imperio se dividirá, y del sueño conquistador de once Shiris, no quedará nada. Tiemblo al pensar lo que sucederá después de mi muerte ... Aconsejame, valiente guerrero.

El jefe caranqui quedó pensativo.

— ¿Qué piensas?

— Digo que hay un remedio á tu mal.

— ¿Qué remedio?

— Reune á todos los jefes de tu imperio: á los de Cumbayá, Otavalo, Cayambi, Ymbayá, Latacunga y Mocha; y proponles la derogación de la ley según la cual las mujeres no pueden heredar el trono. Ellos aceptarán, y tu hija será quien reine después de tu muerte Elegiremos un esposo para Toa, y todo irá bien.

El viejo Shiri, había escuchado atentamente. En seguida dijo:

Bueno es el consejo y lo seguiré. Convoca pues, de orden mía á todos los príncipes tributarios, y dentro de una luna reúnelos en este mismo lugar. Yo estaré aquí.

El caranqui se levantó, dispuesto á cumplir la orden que había recibido.

II

Este acuerdo llegó á conocimiento de Toa, la hija de Caran. Toa pidió audiencia á su padre.

Sé de lo que se trata, padre mío, — dijo —, y si por una parte ellos son libres para escoger al Shiri, yo por la mía, quiero serlo para elegir á mi esposo. Nada espero de ellos: todo lo espero de tí.

Toa era una joven de veinte años. Su belleza era celebrada en todo el imperio. Varios príncipes tributarios la habían pedido á Caran: ella rehusó siempre alianzas que su padre creía ventajosas.

Amaba.

Un día, en una fiesta solemne á la cual habían concurrido todos los soberanos vecinos, vió á Duchicela, hijo del Régulo de Puruha.

Duchicela era hermoso, valiente, joven; diestro en el manejo de las armas. Nadie como él lanzaba con tanta habilidad el dardo; nadie como él manejaba la huaraca; nadie como él usaba el difícil instrumento de la huicopa: Toa vió á Duchicela y le amó.

He aquí por qué no aceptaba, no quería aceptar el esposo que los nobles pudieran ofrecerle. Duchicela ó nadie.

Caran aseguró á su hija que por ningún motivo se haría violencia á su voluntad. Esto tranquilizó á Toa.

Caran quedó solo.

Algún tiempo después entró el Caranqui.

Se han mandado postas á todas las regiones del Imperio, — dijo —, invitando á los príncipes á una conferencia, según tus órdenes.

Está bien — contestó el viejo rey.

Ha llegado un comisario de Condorazo, Régulo de Puruha, y quiere hablarte inmediatamente.

— Hazle entrar.

El comisario entró y saludó al rey de Quito. — Era un joven de veintiocho años, vestido con magnificencia.

Bien venido, — dijo Caran —, ¿ Qué deseas ?

— Poderoso rey de Quito. Vengo en nombre de Condorazo, Régulo de la nación Puruha á ofrecerte

amistad y alianza. Esta amistad, esta alianza, no dudamos que serán favorables á los dos pueblos ... Si el que tú gobiernas es más extenso y poblado, el nuestro es más fuerte y aguerrido. Nuestras relaciones con los Huancavilcas de las orillas nos han instruido mucho; los Régulos de Cañar nos han dado útiles lecciones. La unión pues, entre los reinos de Quito y de Puruha, no solo será particularmente favorable á cada uno sino que hará de los dos un pueblo invencible. — ; Responde !

Caran había deseado siempre esta alianza; y así, no pudo menos que aceptarla.

Contestó pues, que nada era más agradable para él, que esa propuesta del Régulo de Puruha, y que podía considerar desde ese momento como aliadas ambas naciones.

El enviado de Condorazo dijo entónces:

Mas, para que esta unión sea sólida, mi amo Condorazo exige una prueba de seguridad....

¿Cuál ? — preguntó Caran.

— Condorazo tiene varios hijos, y el primogénito Duchicela, es tan valiente como su padre. Quiere enlazarlo con tu familia, y por mi conducto pide para él la mano de Toa: tu hija.

Caran quedó pensativo.

— ¿ Aceptas ?

— Acabo de ofrecer á Toa que por ningún motivo la daré un esposo contra su voluntad. Déjame consultarla.

El enviado saludó profundamente al rey de Quito, y salió del palacio.

III

Duchicela, hijo mayor de Condorazo, espera el regreso del enviado con impaciencia.

Desde que ha visto á Toa, no piensa sino en ella... En vano su padre trata de animarlo y distraerlo; nada puede calmar la angustia de su corazón: El valiente guerrero que ha hecho temblar las naciones vecinas, ama, y este amor le domina.

¡ Toa, ó la muerte ! había dicho á su padre. I Condorazo pidió la mano de Toa.

Ocho días hace que el enviado ha partido y aun no regresa. El padre y el hijo están solos. Duchicela se desespera.

No te aflijas hijo mío, — dice el Régulo. Si Caran desprecia mi alianza, si te niega la mano de su hija; talaré su territorio, destruiré sus ciudades, mataré á todos los habitantes de su imperio.

— Nada de violencia, padre mío La tierra que habita Toa es sagrada. Debo obtener su mano pacíficamente: Si así no me acepta, moriré.

— No morirás. Yo le ofreceré tanto, que por muy alto que ponga el precio de su hija, haya de aceptar.

IV

Duchicela se pone en marcha. Sin decirlo á nadie, ni aun á su padre, sale de su palacio y se encamina á la capital de los Shiris . . . Quiere ver á Toa, aunque muera en seguida.

Llega, y con asombro encuentra el pueblo reunido. Las avenidas del palacio real están llenas de gente . . . La animación es grande . . . Algo muy grave debe ocurrir.

Duchicela se acerca á los grupos de gente, sube al palacio real, y ve á Caran sentado en el trono. A su derecha está Toa, resplandeciente de belleza: la esmeralda imperial brilla en su frente.

El viejo rey de Quito se levanta de pronto, y con voz tranquila, dice:

Príncipes y señores aquí reunidos: De conformidad con lo acordado con vosotros, queda derogada la ley que prohíbe á las mujeres suceder en el imperio á falta de varones. En consecuencia, habiendo muerto todos mis hijos, y no quedando sino mi hija Toa, recaen en ella los derechos á la sucesión, debiendo reconocerla á mi muerte, como primer Shiri de la línea femenina, y tributarla los honores y obediencia que la corresponden.

Todos los príncipes ofrecieron cumplir la disposición soberana.

También es mi voluntad,— continuó el Shiri,— que la elección de un esposo hecha por mi hija Toa, sea completamente libre; sin que ningún príncipe pueda oponer obstáculo.

Toa miró á su padre con dulzura infinita y le envolvió como en una aureola de cariño.

Duchicela, entre tanto, nada oía: Estaba absorto contemplando la belleza casi sobrehumana de la hija del Shiri.

Los nobles, después de la declaración de Caran, salieron lentamente de la sala, quedando en ella solos, padre é hija.

¿ He cumplido mi promesa, Toa ? — preguntó Caran.

— Sí, padre mío.

— Ahora, debes tú cumplir la tuya: ¿ Cómo se llama el que amas ?

— Se llama Duchicela, y es el primogénito del Régulo Condorazo, de Puruha.

Una sombra pasó delante de ellos. Se detuvo, y con voz llena de nobleza y dignidad, dijo:

Y yo, Duchicela, hijo mayor del Régulo Condorazo, he venido . . . á obtener la mano de Toa ó á morir.

Toa lanzó un débil grito y cayó desmayada en los brazos de su padre.

V

Dos meses después, Toa era la esposa de Duchicela, y por este matrimonio se obtuvo la alianza de los puruhas con los quitus, bajo la dependencia de estos; pero Caran se acercaba rápidamente al sepulcro.

Un día, llamó á Duchicela, y le dijo:

Te he dado mi hija Toa, y te he sentado en el trono de mis mayores. Procura conservarlo y extender y fortalecer el dominio. Un presentimiento doloroso me abrumba: Veo la próxima ruina del imperio de los quitus.

— ¿ Por qué ?

— Por lo que voy á decirte.

No hace mucho tiempo, un hombre de estas comarcas hizo un viaje muy largo. — Visitó la nación Puruha, vió luego á los Chimbus, en seguida á los Huancavilcas y Cañaris, y siguió adelante. . . Entonces vió una nación nueva, poderosa, aguerrida, con un soberano á quien llaman Inca. Hay allí grandes ciudades. El Inca habló al hombre de nuestra tierra y le hizo ver sus palacios y sus templos . . . Temo, pues, mucho, que pretendan declararte la guerra esos pueblos: son más poderosos que nosotros . . .

— Nada temas, Caran; eso no sucederá.

— Así lo deseo.

Ahora, un consejo: Procura obtener la alianza de los Chimbos, Huancavilcas y Tiquizambis; has un solo pueblo. A una gran nación se opone otra gran nación.

Lo haré — dijo Duchicela —.

— Está bien.

Pocos días después de este diálogo. Caran, undécimo Shiri de Quito, había muerto.

Condorazo, por la elevación de Duchicela al Reino de Quito, quedó aliado á su hijo; pero era tributario.

Una noche, desapareció. Huyó á las montañas llamadas Collanes, abrió su sepulcro en la cumbre más elevada y se tendió como un titán, para siempre, en ese sepulcro de granito. Muchos años más tarde se encontró el esqueleto del Régulo en esa cumbre, y desde entónces llamóse Condorazo aquel monte.

Duchicela reinó pacíficamente, como Luis XIV. setenta años; le sucedió Autachi, su primogénito, que gobernó como Luis XV. también setenta años, y á este siguió Hualcopo Duchicela, en cuyo reinado comenzó la desmembración del Imperio prevista por Caran.

La familia de los Duchicela existió hasta fines del siglo XVII. El último vástago de esa casa real de Quito fue doña María Duchicela muerta en olor de santidad en 1700.

Doña María fue amiga de la venerable virgen Mariana de Jesús, y fundó en Quito una Casa de Huérfanos, obra en que invirtió toda la fortuna que había heredado de sus mayores.

MIGUEL DE SANTIAGO

Entre los numerosos templos de la ciudad de Quito, se distingue por su riqueza y elegancia, como también por su pretil magnífico, la iglesia de San Francisco. En dicha iglesia puede admirarse muchas pinturas y esculturas de mérito, obras todas de artistas quiteños, de los siglos XVII y XVIII.

Uno de estos notables cuadros al óleo, brotado de pincel maestro, es el *Ecce Homo* de Miguel de Santiago, artista cuyo carácter presenta más de un punto de contacto con el de Benvenuto Cellini, el famoso escultor florentino.

Como él, era hombre de arte, hombre de mérito, hombre de aventuras caballerescas, algunas de las cuales no dejaron de tener reflejos rojos.

La fama de Miguel de Santiago, ha pasado á la posteridad entre los resplandores del genio, y la historia conserva algunas anécdotas picantes de su vida de artista.

La que dá tema á esta tradición, de subido color, prueba hasta qué punto el arrebató de la inspiración ahogó los sentimientos honrados del hombre y le hizo producir en un raptó de delirio inconsciente aquel *Ecce Homo*, aquella maravilla que costó la vida de un hombre.

El maestro Santiago había recibido encargo de pintar un Cristo de la Agonía. Comenzó el trabajo y comenzó el desaliento.



Hizo y deshizo, pintó y borró los primeros trozos y la inspiración se escapaba.

El artista quería pintar un ser agonizante; anhelaba dibujar un rostro humano en ese momento supremo en el cual la vida huye y la substancia incorpórea se desprende de su envoltura terrestre; pretendía trazar con su pincel aquellos estremecimientos del que se halla entre la tierra y la eternidad; en ese instante en que la pupila azorada como que contempla, aun sin dejar el mundo, algo más allá de la tumba. . . Ese mirar empañado por la última lágrima, la contracción del último suspiro, esa rigidez de sepúlcro, ese rostro vivo y muerto, esa última aspiración cuya espiración despide el alma. . . .

¿Quería sólo eso ?

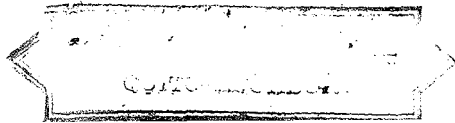
Quería algo más.

Descaba añadir á todo esto la magestad de un Dios que muere; á los sufrimientos de la humana naturaleza la augusta serenidad del Creador que muere porque así lo ha querido; á las sombras que invaden la cabeza del que agoniza, los resplandores inefables del Ser Supremo que domina el empíreo; quería, en fin, pintar el rostro de un Dios, en el rostro de un hombre

Tarea inmensa, superior á las fuerzas humanas

Miguel esbozaba y destruía su obra, y cada vez que borraba su trabajo gemía sordamente vencido su espíritu que divisaba el modelo en la región invisible, por la mano inexperta que no obedecía fielmente á la inspiración.

Maestro, — díjole uno de sus discípulos, — esta última cabeza que habéis pintado es obra digna de vos. Ya no podréis mejorarla; es imposible pintar con mayor brío; sois el más grande pintor del siglo.



Miguel de Santiago, al oírle, sonrió con amargura.

Conque... ¿os parece una obra maestra?... Error, joven, este trabajo es bueno para un principiante; el pincel pinta, pero no crea... Yo quiero hacer algo que si fuera visto por Juan el Apóstol, le hiciera exclamar:

Este es el Cristo, á quien ví morir.

— Pero eso es imposible, Maestro.

Nada hay imposible para el genio, y yo le tengo. Puedo decirlo delante de tí, y en este taller: no es vanidad, es que me hago justicia. Yo siento en mí que puedo hacerlo. ¿Ves?. Contemplo el modelo, luego debo copiarlo.

— ¿I en dónde está el modelo, Maestro?

— Le tengo, le miro; pero la mano inhábil nada puede... Agnárdame.... óyeme.... obedéceme.... ¡El modelo eres tú!

— ¿Yo? exclamó el discípulo sorprendido.

— Sí, tú.... Desnúdate que voy á crucificarte.

El aprendiz lanzó una carcajada.

Hablo en serio, muchacho. Aquí tengo una cruz; déjate fijar en ella....

— Pero... Mae-tro

— Obedéceme, digo.

— La mirada del pintor lanzó tal relámpago de inspiración, que tembló el discípulo, despojóse de sus vestidos y se dejó fijar en la cruz.

Pocos instantes después se hallaba con los brazos extendidos sobre los de la cruz, que se alzaba apoyada en un ángulo del taller.

La mano nerviosa del Maestro comenzó un nuevo bosquejo; miraba y pintaba. I mientras esta hacía, el pintor no cesaba de dirigir la palabra al modelo.

— Más serenidad ... mira al cielo..... hay que expresar una resignación sublime en medio de una angustia suprema, y tú solo revelas cansancio.

— Es que estoy cansado Maestro.

— Ya termino. Mira. es la agonía la que pinto: necesitas entreabrir los labios, desencajar el rostro, denotar un sufrimiento inmenso.

El modelo obedecía en cuanto le era posible.

Miguel pintaba..... Gruesas gotas de sudor brotaban de su frente: sufría tanto, que bien podía decirse que el que agonizaba era él.

Ráfagas de locura pasaban por su cerebro; vislumbres fantásticas por sus ojos. Se hallaba en ese momento de exaltación que ahoga el sentimiento de la realidad.

De repente se levanta. Empuña una lanza y rápido como el relámpago hiere el costado del mancebo, diciendo con voz sorda:

¡Necesito que agonices!....

Un gemido débil se dejó oír, y la palidez de la muerte comenzó á invadir como las sombras de ultratumba el rostro de la víctima.

Miguel se lanzó sobre sus pinceles y empezó el trabajo.

Pintó sin cesar, repirando á penas, contemplando con ojos ávidos el espectáculo siniestro: pintó las vacilaciones y el estertor de la agonía; la mirada vaga, indecisa y moribunda del que vacila el momento del lanzarse á la eternidad; la última gota de sudor, que se hiela al brotar, y la última lágrima también, que se absorbe al nacer en los ojos del que expira; la aspiración postrera, en fin, cuya espiración despide el alma.

I cuando todo esto hubo pintado, cuando tomó distancia ante su cuadro, para contemplarle con la



I RODÓ EN EL SUELO DESVANECIDO.....



sonrisa en los labios y el orgullo del triunfo en la mirada; cuando buscó un espectador que aplaudiera con él la maravillosa creación del genio, solo encontró el cadáver de su último discípulo, pendiente de la cruz, que le contemplaba fijamente con sus pupilas apagadas....

Miguel de Santiago ante la realidad, lanzó un grito de angustia, abrió los ojos con espanto, y rodó en el suelo desvanecido.....

.....

El artista se presentó ante los Jueces y denunció su crimen.

Después de serias reflexiones, el Jurado teniendo en cuenta su maravilloso cuadro, el de un genio sin rival en América; y juzgando sobre todo ese hecho sangriento, como un rapto inconsciente de locura artística, lo absolvió del crimen.

Miguel de Santiago rompió sus pinceles, y no volvió á pintar.

Dirigió sus pasos á un convento de Quito, y allí terminó sus días, sin dejarse ver por ningún extraño, llorando siempre aquel arrebató artístico que le hiciera sacrificar á su amado discípulo y cometer un crimen.

Miguel de Santiago

